

LOS QUE SIGUEN ABRAZÁNDOSE

Pseudónimo: Invierno

Yo soy uno de ellos, de los que siguen abrazándose.

Llevamos muchos años en el mismo sitio y, aunque no lo parezca, nos enteramos de todo lo que ocurre. Estamos acostumbrados a que hablen de nosotros, cuenten nuestra historia o nos nombren en algún periódico. La gente nos señala con el dedo, nos mira con una cierta admiración y se hacen fotos con nosotros. Sin embargo, nadie nos ha dicho nada por seguir abrazándonos.

Por la mañana contemplamos cómo se despierta la ciudad, las luces de las ventanas se encienden y los madrugadores empiezan a salir a la calle. Escuchamos el trino de los pájaros, los ladridos de los perros y los motores de los coches. También nos llega el olor a café, a pasteles y pan recién hecho. Vemos a la gente que sale del metro y pasa montada en bicicletas y patinetes. Algunos aparcan sus motos cerca de nosotros y ni siquiera reparan que estamos allí. Otros nos miran con cariño, como si fuésemos viejos amigos. Ya nos conocemos a los vecinos de la zona, a la ancianita que va con el carrito de la compra o a los niños que juegan en la plaza. Hemos escuchado confidencias, hemos visto derramar lágrimas y hemos compartido la nostalgia de la gente que nos contempla.

Hasta nosotros llegan fragmentos de conversaciones en varios idiomas, desde saludos, quejas y críticas. También hemos presenciado manifestaciones y discusiones políticas llenas de pancartas, carteles y lemas. Nos gusta escuchar los problemas y las últimas cuestiones que se están debatiendo en la opinión pública. A última hora solemos ver el atardecer y presenciamos cómo recogen los negocios y las terrazas. Por las noches escuchamos el camión de la basura y las pisadas de jóvenes que retrasan el momento de volver a casa.

Nosotros seguimos igual aunque llueve o nieve. El hecho de ser tantos y estar juntos nos ayuda a darnos calor. En la época de frío también nos llega el olor a castañas asadas y vemos encenderse las luces de navidad, lo que siempre nos hace ilusión.

Sin embargo, durante el pasado mes de marzo, solo escuchábamos hablar del mismo tema y el ambiente estaba lleno de incertidumbre. De un día a otro vimos que la

gente dejaba de salir a la plaza. Eso nos extrañó porque nunca habíamos visto algo parecido en los años que llevamos aquí. Los quioscos estaban cerrados y los bares tenían las persianas bajadas. Todo estaba tan desierto que nos asustamos. No había nadie por la calle, excepto algún paseante solitario o alguna bicicleta que pasaba a toda velocidad. Había días que solo oíamos al viento silbar entre las ramas de los árboles. Cuando llovía, las gotas caían sobre nosotros y todo era un poco más triste. Lo que se hacía más largo era la noche, cuando el silencio caía sobre la ciudad. Era un silencio sobrecogedor, con las estrellas y luna como acompañantes.

En esa soledad, los únicos que venían a visitarnos eran los pájaros que sobrevolaban las calles desiertas. Nadie venía a sentarse cerca, a hacerse fotos o hablar sobre nosotros. Ni siquiera la ancianita de siempre. Tampoco había reuniones de amigos ni parejas que paseaban cogidas del brazo. Tuvimos miedo de que se hubiesen olvidado de nosotros. Ya no nos llegaba el murmullo de las conversaciones ni las melodías de los músicos callejeros. Solo veíamos salir a personas con el perro o con el carrito de la compra, y pasaban tan rápido que no se paraban a estar con nosotros. Sus rostros estaban preocupados y se respiraba un aire de tensión. Pero lo que más nos llamó la atención es que la gente había dejado de abrazarse.

Durante este tiempo, también hemos visto organizaciones y personas que continúan saliendo a repartir comida y que siguen denunciando las condiciones precarias en los que algunos se encuentran. A las ocho de la tarde, presenciábamos cómo la gente salía a los balcones y aplaudía durante varios minutos, ya fuesen ancianos o niños. También ponían música en los altavoces y coreaban algunos lemas.

Hace varios meses que hemos visto cómo la gente ha vuelto a salir a la calle. Los niños van al colegio con la mochila colgada a la espalda y los ancianos vuelven a pasear apoyados en su bastón. Sin embargo, guardan una cierta distancia entre ellos y continúan sin abrazarse. Han vuelto a ponernos flores y en el aire huele a café a primera hora de la mañana. Nos hemos enterado de que superamos el aforo máximo de personas, pero a nosotros nadie nos dice nada.

Sabemos que hay gente que sigue muriendo sola en los hospitales y que hay muchos funerales que no se han podido celebrar. Nosotros sabemos lo que es eso, puesto que también vimos morir a gente desde la pared de un despacho de abogados. Ya ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero no lo olvidamos. Entonces tampoco nos creíamos lo que estaba ocurriendo cuando los disparos sonaron en mitad de la noche.

Escuchamos los gritos, las puertas que se abrían y el sonido de las ambulancias y los coches de policía.

Por eso continuamos con nuestros brazos entrecruzados, nuestras manos abiertas y nuestros cuerpos unidos sin dejar un centímetro de espacio entre nosotros. Nuestras formas se confunden, como si fuésemos una sola persona. Aunque no tengamos rostro ni nombre, somos conscientes de que representamos el esfuerzo por la libertad que ha costado tanta sangre. Por eso seguimos en nuestro sitio en la Plaza de Antón Martín, encima de la placa que rinde homenaje a los que lucharon para que todos fuésemos un poco más libres. Mientras haya gente que continúe haciéndolo, nosotros también seguiremos abrazándonos.